



SUPERACIONISMO

Hemos tenido ocasión de hablar de eso de la destitución de Martínez Anido y de Arlegui, así como de lo de las quincenas de Millán de Priego y otras cosas análogas con sujetos de los que figuran, o dicen figurar, en uno de esos partidos que llamamos de extrema izquierda y que en el arco que las opiniones políticas forman se tocan con los de extrema derecha. Y algunos de esos sujetos parecen creer que aquella destitución retarda o dificulta el triunfo de los ideales de los que así creen. Y en el fondo justifican a Martínez Anido y a Arlegui, sosteniendo que ellos, en su caso, habrían hecho lo mismo y que procederán por análogos métodos cuando lleguen a madar, si es que llegan a ello.

«Lo ve usted — nos decía uno de esos sujetos; — apenas destituidos esos dos generales, que aplicaban el método lógico, el que debían aplicar, el único sincero, ya se dice que entran en comisiones del Sindicato libre y los del Único; ¡sindicalistas al cabo unos y otros! ¡Pobres ilusos juguete del capitalismo burgués! Porque a él, a ese capitalismo servían y sirven y seguirán sirviendo unos y otros. ¡Como que han surgido del anarquismo!»

Y luego el que así nos decía nos hizo primero el elogio de Lenin, después el de Mustafá Kemal y por último el de Mussolini. Y siempre el elogio de la fuerza, de la pura fuerza. Suponiendo que la fuerza reside en la mayoría y que sirve a los intereses de ésta.

El sujeto, gran jugador de palabras y confusionalista profesional, execraba de la democracia, pero era sólo porque «demo» le decía pueblo organizado y representado, y él finge servir a la masa, al rebaño que obra en tropel, en «Soviet», claro está que bajo las cayadas de los pastores que se dan buena maña para aparecer empujados por el rebaño cuando son ellos los que le arrastran.

Todo ello nos sonaba a una turbia retórica, a una retórica pedantesca, profundamente pedantesca, que perora contra la pedantería. A un futurismo troglodítico.

Sonó el nombre de Mussolini. Y recordamos cómo la manía en Italia últimamente entre la mocedad intelectual, entre los jóvenes que de puro intelectualismo daban en maldecir de él y se lanzaban a la acción, pero a una acción teatral, es decir, literaria; la manía entre ellos era la de la superación. La cosa estaba en superar las posiciones y actitudes espirituales anteriores. Y los más hambrientos de individualidad, los

más llenos de sí mismos, los más ególatras eran los que negaban la individualidad y los que tronaban contra la egolatría. Una enorme hipocresía cínica.

Muchos de esos mozos «superacionistas» — llamémosles así, — procedentes del comunismo acaso, se revuelven ahora en las filas de los «fasci» — o fajos, que «fajo» es la palabra española, que responde a la italiana «fascio», — contra los comunistas. Y lo que buscan es destacarse y ocupar puestos y mandar. Y de aquí que cuando se quiere determinar el contenido ideal del fascismo — o fajismo — y en qué se diferencia del comunismo y del socialismo y del populismo y de los demás ismos que luchan en Italia, no logremos encontrar la diferencia ideológica. Y es que no la hay. Por lo cual no está mal diferenciarlos por colores: negros y rojos.

Esta manía de la superación, que no es exclusivamente italiana ni mucho menos, nada tiene que ver con el progreso íntimo de las ideas. «¿Qué es lo más avanzado?» — nos preguntaba una vez un pobre muchacho. Y esa manía de superación ha estado corroyendo a los elementos directores del proletariado. A la que se agrega otra manía: la manía persecutoria. Y todo ello ha creado un ámbito de histerismo colectivo. De histerismo y hasta de epilepsia en que a los momentos de excitación se suceden otros de depresión y abatimiento.

¿Cómo y cuándo se saldría de esto? Imposible preverlo. Mas en tanto sigue la disolución moral y esta España de la Restauración y de la Regencia y de la Trasregencia — que no es sino la continuación de aquélla — se está convirtiendo en una timba y en un prostíbulo. Con la complacencia, si es que no la connivencia, de los superacionistas y adoradores de la fuerza.

Y aquí quedamos como retardatarios, como anticuados, como superados, los que creemos que en España está por resolver el problema mismo que se planteó hace más de un siglo, el del constitucionalismo frente al régimen absolutista y con el de la justicia, el de los derechos del Hombre. Los que creemos que los otros no son todavía aquí problemas ni pueden serlo mientras no partamos de aquéllos. Que unos problemas surgen de la resolución de los otros. O mejor, que la resolución de un problema es el planteamiento de otro nuevo. Ni se llega al quinto escalón, ni se supera, sin haber pasado por los otros cuatro.

Miguel de UNAMUNO.

